

LABORATORIO FEMINISTA




TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO




Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de: copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
Bajo las condiciones siguientes:

 **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore.

 **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-Sinobrasderivadas. Esto es sólo un resumen de la licencia completa, que está disponible en los idiomas siguientes en las direcciones indicadas:
castellano: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.cs>
catalán: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/cs/legalcode.ca>
euskera: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.eu>
gallego: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.gj>

*Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista:
Producción, reproducción, deseo, consumo*

© Laboratorio Feminista
© las autoras de los textos

© de la presente edición (octubre, 2006): tierradenadie ediciones, S.L.
© imagen de portada: Natividad Salguero
© diseño y maqueta: tierradenadie ediciones, S.L.

ISBN: 84-932873-6-9
Depósito legal:

imprime: Xiana Color Gráfico

TIERRADENADIE EDICIONES, S.L.
CIEMPOZUELOS (MADRID)
<http://www.tierradenadieediciones.com>
correo electrónico: info@tierradenadieediciones.com

La presente obra ha sido editada con subvención del Instituto de la Mujer
(Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)

Han participado en la preparación de este libro: Débora Ávila Cantos,
Colectivo Envideas, Antonella Corsani, Laura Cortés,
MariaRosa Dalla Costa, José Enrique Ema López, Ana F. Vega de Miguel,
Montserrat Galcerán, Cristina Garaizabal,
el grupo de estudios Globalización y Movimientos Sociales,
María Gómez Garrido, Chefa Herma Insua, Matxalen Legarreta Iza,
Silvia López Gil, Marta Malo de Molina, Cristina Mateos,
M^a Jesús Miranda, Justa Montero Corominas,
Marisa Pérez Colina, Amaia Pérez Orozco, Elena Salas,
Nieves Salobral, Sania Samichec, Maggie Schmidt,
Carmen Torralbo Novella, Ana Varela... y todas las mujeres y hombres que
participaron en el curso y que lo nutrieron, día a día, sesión a sesión.

Débora Ávila Cantos, Matxalen Legarreta Iza y Amaia Pérez Orozco
estuvieron al cuidado de la edición

LABORATORIO FEMINISTA

TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO



ÍNDICE

	pag.
Prólogo	5
Introducción: Producción y reproducción en Marx (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	13
CUESTIONAMIENTOS DEL CAPITALISMO ACTUAL	27
Políticas de saberes situados. Emanciparse de la epistemología de la economía política y de su crítica (<i>Antonella Corsani</i>)	29
El paso de la sociedad fábrica a la metrópoli (<i>M^a Jesús Miranda</i>)	47
La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida (<i>Mariarosa Dalla Costa</i>)	59
SUBJETIVIDADES Y SUJETOS FEMINISTAS	79
Identidad de género y sujeto político (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	81
Sobre el género y el sujeto. Buscando caminos para la práctica feminista (<i>Ana F. de Vega de Miguel</i>)	95
Límites y posibilidades de prácticas políticas feministas de la localización (<i>José Enrique Ema López</i>)	105

Antielectras. Esquizofrenia y Marginalidad (<i>Elena Salas y Nieves Salobral</i>)	125
Apuntes desde el feminismo (<i>Cristina Garaizabal</i>)	137
CONSTRUYENDO ACCIÓN POLÍTICA	157
Momentos singulares en la evolución del feminismo en el Estado español (<i>Justa Montero</i>)	159
¿Cómo dejar de ser mujer y que nadie muera en el intento? Un puñado de apuntes e incertidumbres... (<i>Marisa Pérez Colina</i>)	173
Paridad sexual y trabajo. Una aproximación sociológica (<i>Carmen Torralbo Novella</i>)	179
TRABAJOS, TIEMPOS Y ESPACIOS	201
Buscando espacios visibles en una ciudad invisible (<i>Débora Ávila y Cantos</i>)	203
Sobre <i>el</i> trabajo y <i>los</i> trabajos (o las polisemias del trabajo): Reflexiones desde una perspectiva feminista (<i>Matxalen Legarreta Iza</i>)	217
La economía: de icebergs, trabajos e (in)visibilidades (<i>Amaia Pérez Orozco</i>)	233

APUNTES DESDE EL FEMINISMO

Cristina Garaizabal

El nacimiento del Movimiento Feminista en nuestro país

El Movimiento Feminista en nuestro país nace al final del franquismo, en los años setenta, formando parte de un amplio movimiento popular. Su construcción se asentaba en suponer que las mujeres estábamos unidas por unas condiciones de discriminación comunes y una supuesta identidad femenina que pesaba por encima de otras circunstancias de vida.

Los grupos feministas de la primera época pronto conformaron un movimiento minoritario pero muy activo, rebelde y entusiasta. Interesado en mover a las mujeres y rescatarlas de su *pasividad*. Era, además, un movimiento de mujeres convencido de que nuestras acciones contribuían a cambiar las cosas, es decir, que la acción social y política eran necesarias para transformar la sociedad y para transformar a quienes participan en ella.

El objetivo fundamental en esos primeros años de existencia era descubrir y argumentar la opresión, haciéndola patente a los ojos de la sociedad. Nuestra meta era la libertad para las mujeres sin los límites que imponían las leyes, la moral dominante, los estereotipos tradicionales o la tradición.

Cuando empezamos, con errores y excesos, el feminismo era *transgresor*: luchábamos por conseguir cosas que, aunque parecieran imposibles en aquel momento, eran justas y necesarias para mejorar la situación desigual de las mujeres. En una sociedad en la que la sexualidad era vista como algo malo y privado pusimos mucho el acento en reivindicar el placer sexual para las mujeres...

Nacía formando parte de unas concepciones más generales basadas en el respeto y la reivindicación de los derechos humanos. Aunque de

manera contradictoria, teníamos cierta confianza en la capacidad de transformación de las personas para establecer unas relaciones más justas e igualitarias.

Ese bagaje creo que fue el que hizo que nos ganáramos tantas simpatías y que el feminismo fuera capaz de impulsar un verdadero movimiento que transformó leyes, mentalidades y realidades sociales.

Era también un movimiento en el que el exclusivismo feminista tenía un papel fundamental, tanto en lo organizativo, en lo psicológico, como en lo ideológico: manifestaciones, encierros, marchas, declaraciones, manifestos y, por supuesto, lugares de reunión o de encuentro sólo de mujeres, para afirmarnos y crear así un fuerte sentimiento de pertenencia. Nos sentíamos orgullosas de ser mujer y transmitimos ese orgullo a muchas mujeres. Desarrollamos, también, actividades lúdicas (fiestas, bailes, conciertos, películas) donde los hombres tampoco tenían cabida. Eran “los otros”, las fronteras sobre las que construir unas nuevas mujeres.

Aunque como decía antes era un movimiento muy crítico con lo establecido y, sin duda, provocador, nunca descuidó el modo de transmitir las ideas: consignas, hojas, carteles. Valorábamos mucho la unidad y solidaridad de las mujeres creando la *ilusión* de un sentido de pertenencia único y homogéneo.

Basándonos en la idea de que “lo personal es político” desvelamos la cantidad de cosas que permaneciendo en el ámbito de lo privado construyen organización social, orden y jerarquía.

A lo largo de todos esos años, el feminismo llegó a importantes sectores sociales, consiguió hacerse oír y ganó muchas personas para su causa. Por ello se consiguió que se promovieran leyes que modificaron situaciones de desigualdad.

Durante estos primeros años el Movimiento Feminista se movió con tranquilidad en el terreno teórico. Podemos decir que era heredero del pensamiento ilustrado: (sujeto sin fisuras y razón universal) y de la teoría marxista: crítica a la familia y a la ideología y concepción del ser y de la razón como construcciones sociales. Aunque también mantenía una posición crítica ante gran parte de los principios ilustrados y marxistas: el sujeto ilustrado era un sujeto masculino, por lo tanto se debía incluir

a las mujeres para que se convirtiera en universal; la razón era una razón patriarcal que debía ser denunciada para crear una nueva racionalidad.

Este feminismo reivindicaba *la igualdad*. Partía de que ser mujer era una construcción social y cultural que implicaba desigualdad, discriminación y desvalorización. El objetivo, por lo tanto, era *combatir esa concepción de la feminidad*, reivindicar la desaparición de las diferencias entre mujeres y hombres y rescatar la historia de las mujeres para incluirlas en la historia universal. Las reivindicaciones concretas eran reivindicaciones que, aunque afectaban específicamente a las mujeres, no dejaban de formar parte de un desarrollo democrático de la sociedad. En líneas generales se vinculaba el enfrentamiento al machismo y los privilegios masculinos a la lucha contra el Estado, calificado de patriarcal.

Pero este feminismo estuvo sometido desde el principio a importantes desafíos, pues se empezaron a alzar voces contra la pretendida homogeneidad de las mujeres y a su vez, la situación y el pensamiento se fueron haciendo más complejos. La diversidad apareció como una amenaza que podía disolver la solidaridad entre las mujeres, lo que llevó a hacer mucho hincapié en la importancia de *afirmar la identidad*. Además, frente a la desvalorización social y cultural de lo femenino se impuso el *orgullo de ser mujer*, junto con cierto *desprecio hacia lo masculino*. Esto unido a la crisis de la modernidad desde el punto de vista filosófico (finales de los años 70: Deleuze, Derrida,) y a la apropiación feminista de las teorías psicoanalíticas fue el caldo de cultivo en el que se gestó el feminismo de la diferencia.

“Feminismo de la diferencia” y “feminismo de la igualdad”¹

El feminismo de la diferencia aparece fundamentalmente en Europa (Italia y Francia) en los años 70 aunque a nuestro país llega un poco más tarde en 1979 (Jornadas de Granada) produciendo una fuerte división dentro del movimiento, hasta entonces unitario. Sus ideas principales, de forma algo simplista, eran:

1.-Para ver las ideas del Feminismo de la Diferencia: Librería de Mujeres de Milán (1991) *No creas tener derechos*, Cuadernos Inacabados, Madrid: Horas y Horas.

- el rechazo a la filosofía de la igualdad. Plantean que hay un “*ser mujer*” diferente, que es necesario reivindicar y afirmarse en él como principio de valor. Critica que reclamar la igualdad es integrarse en lo masculino.
- El mundo, tal y como hoy existe, y la cultura son creaciones masculinas: eso explica el “*extrañamiento femenino*”. Tenemos que crear una nueva cultura. El lenguaje tampoco nos sirve porque la mujer no es sujeto de su lenguaje.
- Para hacer esto hay que dar autoridad a las mujeres y privilegiar las relaciones sociales entre mujeres. El “*affidamento*” como práctica política implica una mediación simbólica femenina.
- El feminismo reivindicativo es “simplificador”, no reconoce las desigualdades entre las mujeres y se identifica con las más oprimidas. Es un feminismo victimista.

Basándose en la existencia de una naturaleza femenina, el feminismo de la diferencia dirigió sus esfuerzos a desvelar y reivindicar los aspectos considerados positivos de esta supuesta naturaleza (o esencia), y así diseñó una forma de ser mujer caracterizada por el pacifismo, el amor a la naturaleza, los sentimientos maternos, la ética del cuidado. Ha dedicado, también, sus esfuerzos a descubrir las aportaciones de las mujeres a la cultura y a la historia y en algunos casos, privilegió las relaciones homosexuales entre las mujeres, dando lugar a las primeras manifestaciones de separatismo lesbiano.

La polémica estaba servida y entramos en ella apasionadamente. Desde la igualdad se reprochó a la diferencia el que era una vuelta a la mística de la feminidad así como el maniqueísmo de algunas posiciones, especialmente su visión negativa y sin fisuras de lo masculino. Se criticó su elitismo (era un feminismo para universitarias) y su rechazo a la lucha reivindicativa y política que llevaba implícito la desconsideración del sufrimiento real de muchas mujeres. También se les cuestionó el separatismo así como el esencialismo y determinismo biológico que subyacía en sus análisis.

Desde la diferencia se criticó a la igualdad el ser un movimiento excesivamente reivindicativo y victimista. También se le acusaba de olvidar y traicionar los valores desarrollados por las mujeres y de condenar por

reaccionarias unas formas de vida y unos sentimientos que muchas mujeres reivindicaban: maternidad, hogar....así como que era incapaz de ver la cara opresora y violenta del mundo masculino: su forma de hacer política, sus guerras, su competitividad...

Esta polémica tuvo la virtud de obligarnos a reflexionar sobre la complejidad de la situación real de las mujeres y la ambigüedad de algunas de las posiciones de los primeros momentos. De hecho, gran parte del feminismo de la igualdad también había sido proclive al esencialismo: visión excesivamente general y ahistórica de la opresión de las mujeres, desconsideración de la diversidad de situaciones y la complejidad de las relaciones sociales y de las distintas opresiones y marginaciones que se entrecruzan.

Visto desde ahora, estos primeros planteamientos, tanto del feminismo de la igualdad como del de la diferencia, compartían algunos problemas de enfoque. En estos primeros momentos, la teoría feminista sobre los géneros estuvo muy influenciada por el ensayo de Gayle Rubin "*Tráfico de Mujeres*"¹. En él se defendía que la construcción del género se daba sobre la base del sexo biológico, concediéndole a la *heterosexualidad* un papel privilegiado en este proceso. La sexualidad quedaba, así, como un subproducto del género, llegándose a afirmar, por parte de algunas corrientes feministas, que la heterosexualidad, mientras existiera una situación subordinada de las mujeres frente a los hombres, nunca puede ser una opción libre y gratificante para éstas. Junto con esto, la opción sexual no se concebía como variable autónoma que puede introducir matices y diferencias en el desarrollo de la identidad de género, según cuáles sean las preferencias sexuales de cada mujer.

La formulación, por parte también de Gayle Rubin, del *sistema sexo/género* tuvo una gran aceptación dentro del feminismo y sirvió de punto de partida para la elaboración de ambas teorías. Así, mientras unas defendían que entre el sexo biológico y el género cultural mediaba una construcción social (feminismo de la igualdad) otras defenderán que existe una correlación simbólica basada en la diferencia biológica (feminismo de la diferencia). No obstante, todas estas teorizaciones adolecen, desde mi punto de vista, de estar profundamente impregnadas de

1.-Rubin, Gayle (1975), *The Traffic in women: Notes on the "Political Economy" of sex*. Nueva York y Londres : Monthly Review Pres.

la dicotomía *naturaleza/cultura*, imperante en los discursos dominantes: así, el sexo sería la matriz biológica, natural e incuestionable, mientras que el género sería lo construido culturalmente que se traduce en una posición social y en una subjetividad específica. Todo ello llevaba aparejada la defensa de una identidad colectiva en sentido *fuerte*, identidad basada, bien en la existencia de unas condiciones de existencia similares y unos intereses comunes entre las mujeres, bien porque se afirmaban que “lo femenino” es radicalmente opuesto a “lo masculino”.

Así, estas dos concepciones del feminismo no están separadas por una muralla china y, hoy, en la práctica de muchas mujeres y de muchas organizaciones, se mezclan y se confunden.

Por una parte, ambas concepciones parten de admitir una *identidad femenina (sea innata o adquirida) en el sentido fuerte*; es decir, dotada de rasgos claramente definidos y de extensión generalizada (en el tiempo y en el espacio) -aunque no hay nunca acuerdo total a la hora de describir esta naturaleza- y, por el contrario, una forma de ser hombre, una identidad masculina igualmente blindada. Coinciden, también, en adoptar una *posición rígidamente normativa*, según la cual, el feminismo tiene derecho a establecer lo que es o debe ser una mujer, cuáles son sus intereses, y a erigirse en su representante.

Los debates sobre violencia y sexualidad: el feminismo cultural. La lucha contra la normativización

Desde el principio del movimiento feminista en nuestro país la sexualidad fue uno de los elementos importantes de debate y cuestionamiento: reivindicación de las mujeres como seres sexuales, diferenciación entre sexualidad y reproducción, defensa del deseo lésbico como posible para todas las mujeres... En la segunda mitad de la década de los 80 las polémicas sobre sexualidad en el interior del movimiento se recrudecen al calor de los debates sobre la violencia machista: agresiones sexuales, pornografía, prostitución, acoso.... El papel de la sexualidad masculina en las agresiones sexuales (“todo hombre es un violador en potencia”), la concepción de la heterosexualidad y de la propia sexualidad, tanto de hombres como de mujeres... todo ello va a plantear nuevos debates y diferencias dentro del movimiento.

Aquí este feminismo cristalizó en 1989 en las Jornadas Feministas de Santiago con los debates sobre la Violencia Machista, especialmente en las discusiones sobre pornografía.

Feministas culturales

Se conforman como corriente en los años 80 en EEUU y a finales de esa década se nota su influencia en nuestro país al calor de los debates sobre la violencia machista, especialmente de las agresiones sexuales. Muchas de sus ideas tienen hoy una gran influencia en el feminismo mayoritario. Sus autoras más significativas son: Andrea Dworkin, Mary Daly, Susan Griffin, Katheleen Barry (Barry, 1987), Adrienne Rich (Rich, 1985), Alice Schwartz...

Sus ideas principales pueden resumirse en los siguientes puntos:

- El núcleo fundamental de la opresión de las mujeres es el *dominio sexual* de los hombres sobre las mujeres.
- La sexualidad masculina y femenina son dos sexualidades antagónicas e irreductibles.
- Todos los hombres están unidos, por encima de sus diferencias, para defender el poder patriarcal.
- La heterosexualidad no es una preferencia sexual de las mujeres sino una relación de dominación donde las mujeres sólo pueden ser víctimas o colaboradoras de los hombres. Consecuentemente, lo “natural” son las relaciones amoroso-amistosas entre mujeres (lesbianismo político).
- El “sadismo cultural” es el conjunto de prácticas sociales que favorecen y propugnan la violencia sexual.
- Condenan la pornografía y la prostitución por ser manifestaciones prácticas del sadismo cultural.
- Están también en contra de las transexuales por considerarlas “hombres que expropián el cuerpo de las mujeres”.

Feministas pro-sexo

No tienen un cuerpo teórico unificado sino que se juntan en EEUU como respuesta a las feministas culturales. Sus representantes más destaca-

das: Vance (Vance, 1989), Rubin, Echols, Willis, Nestlé, Pheterson (Pheterson, 2001) ...

Sus ideas principales pueden resumirse en los siguientes puntos:

- La sexualidad femenina es una construcción cultural y, por tanto, es susceptible de ser investigada, valorada y transformada.
- La experiencia sexual de las mujeres es una mezcla de represión y peligro junto con ganas de exploración y placer.
- El peligro no sólo viene de la violencia machista, también de la interiorización del modelo sexual dominante.
- Importancia de la simbología y las representaciones. Las mujeres y también los hombres no son meros receptores de la cultura dominante ni objetos pasivos sino que juegan, subvierten y se resisten a ella. Ejemplo: butch-femme o drag queens.
- La lucha contra la violencia debe ir unida a la lucha por ampliar las cotas de placer y libertad sexual de las mujeres y de las minorías sexuales.
- La violencia sexual es fruto de las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres y no de la sexualidad masculina.
- La sexualidad es un vector de opresión con autonomía respecto al género aunque se interrelacionen. El feminismo no da todas las herramientas para un análisis certero de la sexualidad.

La transexualidad: ¿qué es ser mujer? Debates sobre la identidad

La incorporación de las mujeres transexuales al movimiento feminista nos obligó a replantearnos muchos de los conceptos sobre los que se había levantado la teoría feminista, especialmente el *binomio sexo/género* así como la supuesta existencia de una identidad femenina fuerte que nos homogeniza a las mujeres. El hecho del “ser mujer” tuvo que ser reformulado al calor de la experiencia transexual y transgenérica.

Porque parece claro que si admitimos la *legitimidad de la convicción de sentirse mujer*, independientemente de las características fisiológicas de cada cual en el caso de las mujeres transexuales esta construcción no se ha desarrollado sobre la base del sexo biológico. La importancia de lo

simbólico, de los discursos y las expectativas del entorno adquiere una nueva dimensión al calor de su experiencia. Así mismo, se abren nuevos interrogantes que pueden llegar incluso a replantear cuestiones tan fundamentales como ¿qué es ser mujer u hombre?, ¿en qué se basa esa supuesta identidad de género?, ¿qué papel juega el cuerpo en todo este proceso? Todo ello en un momento en que estaba sobre el tapete una de las cuestiones básicas del pensamiento feminista: si *las mujeres éramos idénticas o diversas*.

Desde el *feminismo* las posiciones que se mantienen hacia la transexualidad son diversas y algunas de ellas totalmente divergentes. Por ejemplo, la corriente del feminismo cultural mantiene una posición beligerante y una actitud muy crítica hacia la transexualidad, así Janice G. Raymond -uno de los puntos de referencia de esta corriente- cataloga la transexualidad: «como un último medio inventado por los hombres para asegurar su hegemonía en la lucha de sexos y una competencia directa con las mujeres en su propio terreno» y considera que «todos los transexuales violan el cuerpo de las mujeres, al reducir la verdadera forma femenina a un artefacto y apropiarse de este cuerpo para sí» (El imperio transexual) ¹.

Otras argumentan que la transexualidad tiene como función reforzar los estereotipos sexuales, tendiendo con ello a mantener a las mujeres en el sometimiento a un rol tradicional del que estaban próximas a liberarse. Catherine Millot (Millot, 1984) reconoce parte de verdad en esta crítica planteando que las transexuales invocan a la idea más conformista de mujer. Y que, en la medida en que los que tienen que dar el visto bueno para las operaciones (cirujanos, psiquiatras o endocrinos) miden la feminidad en función de la conformidad con unos roles, las transexuales colaboran en el establecimiento de las escalas de feminidad que luego se utilizan también con las mujeres biológicas.

Por el contrario, también desde el feminismo, Judith Butler hace una defensa a ultranza de la transexualidad al considerar que travestis y transexuales «revelan la estructura imitativa del género mismo, tanto como su contingencia y que la proliferación de estilos e identidades de género

1.- Raymond, Janice (1994), *The Transsexual Empire. The Making of the She-Male*, Nueva York y Londres: Athene Series. Paperback.

se enfrenta explícitamente a la distinción binaria entre los géneros, que muchas veces se da por sentada» (Butler, 2001).

Personalmente me siento más identificada con las posiciones de Butler, aunque no las asumo totalmente.

En este sentido, me parece importante realzar el aspecto trasgresor que tiene la transexualidad, cuestionando el binomio naturaleza/cultura, y partiendo de la idea de que las *identidades no son realidades biológicamente dadas* sino que son el fruto de un *proceso de construcción discursiva*. Partir de aquí implica rechazar la arbitrariedad de la identidad impuesta y tener en cuenta que el cuerpo sexuado no es el único criterio ni necesariamente el más decisivo sobre el que se construyen las pautas identitarias. Para mí la construcción de la identidad tiene que ver con el cruce de diversos elementos: género, sexualidad, etnicidad, edad, nacionalidad, habilidades personales... Todos estos elementos en constante interacción dan lugar a *identidades contingentes, flexibles, inacabadas*, cuestionándose en la práctica las clasificaciones binarias y dicotómicas: hombre/mujer, heterosexual/homosexual... que establece la ideología dominante y que hacen sufrir a tantos seres humanos pues son fuente de discriminación.

Creo que esta perspectiva permite contemplar mejor la diversidad de las mujeres y construir unas propuestas feministas más realistas y menos excluyentes aunque no exentas de problemas sobre los que tendremos que seguir construyendo teorías y prácticas alternativas.

Los problemas de la reivindicación de la identidad

Si analizamos lo que ha pasado en las sociedades occidentales podemos ver que las personas que sienten que pertenecen a un *grupo marginado* por cuestiones de género, sexo o práctica sexual, la búsqueda de una *identidad* ha constituido *un ideal esencial* porque están en juego temas fundamentales sobre las elecciones sexuales y en última instancia sobre la propia vida, dada la importancia que la sexualidad tiene hoy en la definición personal.

Así mismo, la necesidad de agruparse para sobrevivir y de buscar símbolos sociales que permitan reconocerse y defenderse de la anomia

ha sido una tendencia generalizada como forma de hacer frente, individual y colectivamente, al estigma y la inexistencia. En este sentido, *la reivindicación de una identidad* ha sido un asunto siempre presente en la *construcción de los movimientos* de liberación tanto de la minoría negra, las mujeres o de las denominadas minorías sexuales. Por ejemplo, Diana Fuss establece que cuando las minorías tienen una posición de sujeto más precaria y menos segura mayor es la necesidad de aceptación social y la necesidad de reivindicar una identidad en sentido fuerte.

Quiero plantear, ahora, algunas consideraciones sobre el *concepto de identidad* que puedan servir para una reflexión al respecto.

En primer lugar creo que el propio *concepto de identidad* está puesto hoy en cuestión y es entendido de maneras bastante divergentes, que podrían agruparse en dos tendencias básicas. Por un lado quien entiende la identidad como una *esencia*, coherente, estable y unitaria (se nace homosexual, transexual, etc. y esta categoría agrupa a un conjunto homogéneo de personas) y por otro, quienes entienden la identidad como algo *contingente*, provisional e incoherente (nos construimos homosexuales, transexuales, etc. y esta categoría agrupa a un conjunto diverso de personas, cualquiera puede dar en estas categorías).

Para mí la identidad no es algo con lo que nacemos sino que es un *proceso que vamos construyendo* a lo largo de toda la vida. La formación de una identidad, tanto individual como colectiva, es siempre fruto de un trabajo más o menos consciente; su logro es una conquista. La identidad es algo que se vive como un bien y el temor a perderla o el hecho de no tenerla definida es una fuente de angustia.

También desde el punto de vista conceptual es importante diferenciar entre la *identidad individual* y las *identidades colectivas*, aunque sean dos conceptos que, en la práctica, están muy interrelacionados. Las identidades colectivas integran y construyen identidades individuales y, al mismo tiempo, las identidades individuales no son fiel reflejo de las colectivas e incorporan la pertenencia a varias identidades colectivas.

Así mismo, las *identidades colectivas* pueden ser *impuestas o escogidas*. Los grupos estigmatizados no escogen la etiqueta sino que se la colocan desde fuera. La historia de los grupos estigmatizados por su práctica sexual demuestra que una tarea importante ha sido la decons-

trucción de estas etiquetas *heterodesignadas* y el proceso de *autodesignación*, que frecuentemente conlleva la construcción de una nueva identidad colectiva alternativa a la tradicional, como forma de existir y de luchar contra los prejuicios existentes. Pero hay que tener en cuenta que en la construcción de esta nueva identidad hay *actores sociales* más relevantes que otros y que la nueva identidad resultante no es construída democráticamente por todo el grupo.

Por otro lado, como Jeffrey Weeks¹ plantea, el propio concepto de identidad es *ambivalente*, pues, por un lado, nos uniformiza y tapa la diversidad y cuando es impuesta sirve para *controlar* y, por otro, nos diferencia y cuando tiene que ver con las afinidades significa *elección*.

En este sentido cuando desde el feminismo se reivindican identidades colectivas, los procesos de construcción de éstas son *contradictorios* y *paradójicos*, pues sirven para afirmarse con los iguales pero implican siempre una exclusión y un enfrentarse con lo otro, lo diferente. Así, las identidades colectivas por un lado, dan confianza, *seguridad*, acogida y permiten autoafirmar la propia existencia y por otro, establecen barreras, *controlan*, inhiben y restringen la diversidad.

Como hemos visto, en la primera época del movimiento feminista la acción política del movimiento se basaba en la reivindicación y teorización de una identidad femenina fuerte, aunque su gestación y la propia definición era muy diferente según las corrientes feministas que lo trataran.

Desde mi punto de vista, el debate sobre las identidades tiene en la actualidad plena vigencia. Aunque algunas siguen creyéndose portadoras de los “verdaderos intereses de las mujeres” y defendiendo una “única identidad feminista” esto no deja de ser un espejismo que, desde mi punto de vista, dificulta enormemente la construcción de la unidad necesaria en muchos momentos.

Personalmente creo que es necesario cuestionar las identidades, aunque con ello no quiero decir que éstas no sean importantes. Lo que hay que tener en cuenta es que no siempre han existido así, ni tienen porqué existir. Tampoco implica que los sentimientos de pertenencia a la categoría mujer no estén profundamente enraizados.

1.-Weeks, Jeffrey (1993), *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Madrid: Talasa.

En el caso de las mujeres no se trata tanto de buscar una identidad feminista coherente y homogénea sino de apoyar aquellas manifestaciones de identidades incoherentes e inacabadas, que no pueden ser fácilmente catalogadas y asimiladas por el poder.

Para mí el problema es no ser conscientes de que se trata de *invenciones sociales y ficciones* necesarias para afirmar la identidad del sujeto y su pertenencia a una comunidad. Son, por lo tanto, identidades que no están basadas ni en la naturaleza ni en la verdad sino en el campo político. El problema, por tanto, no sería la naturaleza verdadera o mítica de la identidad feminista previamente definida, sino su *efectividad y relevancia política*.

Porque se diría que dotarse de ciertos rasgos identitarios es importante para construir grupos y movimientos y ofrecer otros referentes alternativos a los dominantes. Además, me parece importante acceder al reconocimiento simbólico de ser aceptadas en nuestra multiplicidad.

Ahora bien, el problema está en cómo construir éstas para no caer en los problemas antes nombrados. Avanzo algunos elementos para la reflexión:

- Necesidad de un cierto sentido de identidad aunque sea ficticio.
- Ser conscientes de que las identidades son invenciones sociales, ficciones y que, por lo tanto, deben ser puestas en cuestión permanentemente.
- La identidad o, quizás mejor, las identidades construidas, deben estar en función de su efectividad y relevancia política, deben ser por tanto provisionales y tener la función de subvertir la imagen que la sociedad heterosexista y patriarcal de los géneros.
- Entiendo esta cuestión de la identidad no tanto como una estructura cerrada sino como un proceso que da cabida a toda la variedad y riqueza que existe en las lesbianas y en los homosexuales.
- Se trataría más de plantear múltiples y cambiantes identidades sexuales en las que se agrupen las diferentes experiencias de la vida social y personal.

En este proceso es importante *deconstruir*, no sólo las ideas dominan-

tes sobre los géneros, sino también nuestras propias identidades alternativas y ser conscientes del potencial revolucionario que tiene la *transgresión*, pues las cosas excéntricas e inesperadas cuestionan el orden establecido. Gayle Rubin¹, por ejemplo, afirma que los márgenes y los bajos fondos pueden ser un lugar de rebeldía.

Creo también que es importante defender la *libre elección* de formas de ser (género), de formas de placer y de afecto que no son mayoritarias, así como su potencial subversivo. Luchar contra la supuesta homogeneidad que dan las categorías existentes y afirmar la *diferencia*, incluso dentro de ellas me parece algo importante.

Época de cambios

La situación de las mujeres hoy tiene poco que ver con aquella que se daba hace 30 años. Los avances han sido impresionantes. Y sin embargo, las situaciones de desigualdad de las mujeres siguen persistiendo en muchos aspectos, aunque las formas y la percepción de la misma sean diferentes.

Según Ulrik Beck (Beck, 2001) la individualización es el proceso que caracteriza nuestra sociedad actual. Una individualización que se opone a los modelos convencionales y que significa que los seres humanos son liberados, en cierta medida, de los roles de género tal y como se daban en la familia nuclear tradicional.

Así mismo Enrique Gil Calvo (Gil Calvo, 2001) subraya el cambio como una de las características centrales de las sociedades posmodernas. Cambio laboral, familiar, tecnológico, ideológico... que lleva a la formación de un yo múltiple cuya cualidad esencial es la de aprender a cambiar.

La situación actual presenta algunos rasgos diferenciales en relación a épocas anteriores:

- La movilidad del mercado laboral choca con la estructura familiar basada en la estabilidad de los afectos. La relación de *pare-*

1.- Rubin, Gayle (1989), "Notas para una teoría radical de la sexualidad" en Carole S. Vance (comp) *Placer y Peligro*, Madrid: Talasa.

ja se convierte en un referente fundamental de satisfacción pero, según algunas encuestas de opinión, mientras antes el acento estaba puesto sobre el sexo parece que ahora porcentajes significativos de gente joven lo pone en la *seguridad*.

- La *formación y la profesión* adquieren un valor superior al concedido a la *maternidad*. La media de las adolescentes actuales ponen por delante las independencia económica y el trabajo a la estabilidad de la pareja y la maternidad, postergando la edad en la que se tienen hijos.
- La individualización y la crítica feminista a los géneros hace que el valor concedido a la persona esté por encima de la identidad genérica, de manera que (como media) lo importante es la identidad (Yo soy yo) vinculada a la competencia profesional y social (Senté 2002) y en segundo lugar la identidad de género (soy hombre o mujer). *El género ha perdido valor identificador*.
- La inestabilidad del mundo laboral requiere personas con capacidad para soportar *cambios constantes* con la consecuente *falta de apego* que exige. Esta movilidad requiere personas con facilidad para desprenderse de los vínculos anteriores y capacidad para establecer otros nuevos. Esto modifica el sentido de la *responsabilidad* fundamentado en la idea de la interdependencia con otros que nos necesitan. Los *cuidados* no son un valor en alza.
- Algunos autores señalan que la *disociación* es el mecanismo de defensa más apropiado en esta época porque permite al yo desprenderse de sus vínculos, reconstruirse sin duelos y avanzar en la jungla de asfalto. Los costes: negación del pensamiento y del afecto, afectos de usar y tirar, vínculos funcionales...
- La *violencia* como defensa ante la amenaza de pérdida de identidad.
- Existe una conciencia generalizada entre los jóvenes de que la igualdad entre los sexos es un valor y de que, en buena medida, se ha conseguido. Así vemos que coexiste una nueva concepción de la *igualdad* de los sexos con viejas situaciones de *desigualdad y división de géneros*, adquiridas en la familia de origen.

Pero creo que es una igualdad construida en masculino. Me explico: las mujeres se han incorporado a trabajos y áreas que antes eran conside-

radas exclusivas de los hombres pero no se ha dado el proceso inverso. Así, los datos sobre trabajo doméstico o cuidados de niños y ancianos revelan que siguen siendo mayoritariamente las mujeres quienes cubren esas tareas. Así mismo, las desigualdades en el mundo del trabajo asalariado siguen siendo importantísimas y lo mismo sucede con los puestos de dirección de grandes empresas, instituciones estatales o económicas por mucho que tengamos un gobierno paritario. Los estereotipos tradicionales de género siguen perviviendo, aunque no con la fuerza y la exclusividad que tenían en otros tiempos.

En este sentido creo que la lucha feminista sigue teniendo plena vigencia. Pero a la vez entiendo que un 97,9% de gente joven manifieste que nunca ha pertenecido a una organización feminista. Creo que el feminismo actual no llega a las mujeres jóvenes.

Cuando empezamos, con errores y excesos, el feminismo era trasgresor, nacía formando parte de unas concepciones más generales basadas en el respeto y la reivindicación de los derechos humanos. Aunque de manera contradictoria confiábamos en la capacidad de transformación de las personas para establecer unas relaciones más justas e igualitarias. Nunca creímos en bondades o maldades intrínsecas en función de ser hombre o mujer. Denunciábamos las desigualdades y las injusticias que se cometían contra las mujeres pero también intuíamos, aunque no lo formuláramos explícitamente, que las mujeres pueden ser víctimas pero también verdugos.

Ese bagaje creo que fue el que hizo que nos ganáramos tantas simpatías y que el feminismo fuera capaz de impulsar un verdadero movimiento que transformó leyes, mentalidades y realidades sociales.

Sin embargo parece que parte de este bagaje se ha perdido en el feminismo que hoy es mayoritario. Se han perdido matices, se ha simplificado ideológicamente, se han dejado de lado valores universales (denuncia de la represión, reconocimiento de la libertad de expresión, el derecho a equivocarse y cambiar de conducta...) y frente a ello se ha ido imponiendo una visión, cada vez más estrecha y sectaria, de las relaciones humanas.

El feminismo que hoy aparece como mayoritario dirige sus mayores ímpetus en un solo sentido: conseguir leyes que repriman o discriminen

a los hombres opresores. Por ejemplo, la penalización de los clientes en el caso de la prostitución o el endurecimiento de penas en los casos de maltrato.

Es un feminismo excesivamente simplificador que atribuye la situación de desigualdad de las mujeres a un único factor: los deseos de dominación masculina. En la realidad, la situación es más compleja, y tiene que ver con múltiples factores que se ignoran olímpicamente. Este feminismo tiende a presentar a los hombres y a las mujeres como dos naturalezas blindadas y opuestas: las mujeres siempre son víctimas y los hombres son siempre los verdugos.

La imagen de mujer víctima nos hace un flaco favor a las mujeres, pues no tiene en consideración nuestra capacidad para resistir, para hacernos un hueco, para dotarnos de poder. Creo que es un pobre espejo en el que mirarse ya que desde la victimización es imposible rebelarse.

Para mí el objetivo último y fundamental del feminismo es el empoderamiento de las mujeres y que éstas sean cada vez seres más autónomos, con capacidad para decidir y para ampliar los márgenes de decisión que la vida nos ofrece. Negar esta capacidad de decisión no es un buen negocio para sacar fuerzas y despertar rebeldías.

Esta victimización de las mujeres que han sufrido maltrato o de las trabajadoras del sexo establece también una muralla china entre ellas (las víctimas) y nosotras (las feministas que pretendemos ayudarlas). Una barrera que no ayuda a tejer los mimbres necesarios para crear un movimiento fuerte basado en la solidaridad y no en una supuesta identidad femenina que nos homogeneiza a todas por igual.

Y lo mismo se puede decir de la visión simplificadora de los hombres: no existe una naturaleza masculina perversa o dominadora, sino ciertos rasgos culturales que configuran lo que precariamente podemos llamar masculinidad tradicional, que fomentan la conciencia de superioridad y que, exacerbados, pueden contribuir, en algunos casos, a convertir a los hombres en verdaderos verdugos. También, el grupo social de los hombres goza de determinados privilegios y existe, en algunos sectores de hombres, resistencias a perder estas ventajas, tanto sociales como personales.

Pero los mensajes actuales del feminismo dominante implican una *culpabilidad generalizada de los hombres* que, desde mi punto de vista, además de ser injusta nos lleva en la dirección contraria a la que queremos avanzar. Porque, si algo nos ha demostrado la experiencia, es que hoy hemos llegado a un cierto techo en la lucha feminista. Un techo que estoy convencida que no puede ser rebasado si no convertimos a los hombres en aliados en esta pelea.

Y en este camino, la culpabilidad generalizada de los hombres no es pedagógica. Es poner a los hombres contra la pared y fomenta que se vuelvan en contra de lo que queremos plantear. Es mejor el lenguaje de la responsabilidad. Y no una responsabilidad generalizada del problema sino una responsabilidad individualizada de cambiar.

Así mismo, este feminismo dominante es puritano y normativo en el tema de la sexualidad, estableciendo qué prácticas sexuales son las correctas y cuáles deben ser prohibidas o abolidas. Sus posiciones se manifiestan actualmente sobre todo en el tema de la prostitución.

Frente a este feminismo mayoritario es importante que se oigan otras voces que apuesten por un feminismo que luche por la igualdad pero también por la libertad de las mujeres y que confíe en la *capacidad de las mujeres para decidir sobre su vida* y transformar las condiciones en las que ésta se desarrolla. Esta capacidad no es igual para todas las mujeres porque en cómo se desarrolla nuestra vida intervienen diferentes factores. No podemos generalizar el papel de víctimas al conjunto de mujeres. Primero porque no es cierto; pero, además, porque no engancha con buena parte de la juventud que valora enormemente la capacidad de *elección* y a ella nos hemos de remitir para ampliarla.

Es necesario defender un *feminismo no normativo*, que se oponga a la consideración de que existe un comportamiento sexual políticamente correcto desde el punto de vista feminista y que siga defendiendo que las mujeres somos sexualmente activas. La lucha por la libertad sexual de las mujeres no puede posponerse a una situación de mayor seguridad e igualdad. Es importante defender que las prácticas sexuales deben regirse por los mismos criterios éticos que cualquier otro comportamiento humano: libre consentimiento, responsabilidad..

Como se puede deducir de lo que he ido sosteniendo a lo largo del

presente artículo, creo que aún nos quedan muchas cosas por hacer en el terreno feminista. Especialmente hemos de ser conscientes de que nos enfrentamos a sociedades complejas y que el fenómeno de la inmigración nos plantea un reto importante en este terreno. Espero que lo que he expuesto sirva para animar la reflexión sobre la situación actual.

Bibliografía

- BARRY, Kathleen (1987), *Esclavitud sexual de la Mujer*. Barcelona: La Sal Edicions de les dones.
- BECK, Ulrich (2001), *La Sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- BROWNMILLER, Susan (1981), *Contra nuestra voluntad*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, Judith (2001), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Argentina: Paidós.
- GIL CALVO, Enrique (2001), *Nacidos para cambiar*. Madrid: Taurus.
- LIBRERÍA DE MUJERES DE MILÁN (1991), *No creas tener derechos*. Madrid: Horas y horas, Cuadernos Inacabados.
- MILLOT, Catherine (1984), *Ex-sexo. Ensayo sobre Transexualismo*. Madrid: Catálogo-Paradiso.
- NIETO, José Antonio (comp.) (1991), *La sexualidad en la sociedad contemporánea. Lecturas antropológicas*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, Fundación Universidad Empresa.
- PHETERSON, Gail (2001), *El Prisma de la prostitución*. Madrid: Talasa.
- RAYMOND, Janice (1994), *The Transsexual Empire. The Making of the She-Male*. Nueva York y Londres: Athene Series, Paperback.
- RICH, Adrienne (1985), "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana". *Nosotras que nos queremos tanto. Revista del Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid*.
- RUBIN, Gayle (1975), *The Traffic in women: Notes on the "Political Economy" of sex*. Nueva York y Londres: Monthly Review Pres.
- RUBIN, Gayle (1989), "Notas para una teoría radical de la sexualidad" en Carole S. Vance (comp.), *Placer y Peligro*. Madrid: Talasa.

- VALLE, Teresa del (comp.) (2002), *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. Madrid: Narcea.
- VANCE, Carole S. (comp.) (1989), *Placer y Peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Editorial Revolución.
- VVAA (1988), *Jornadas Feministas contra la Violencia Machista*. Santiago de Compostela.
- WEEKS, Jeffrey (1993), *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*. Madrid: Talasa.